

EN TONO MENOR

Esta revista contaba hasta ahora (¡Dios mío, sólo un número!) con cuatro secciones: artículos, notas y experiencias, libros, y vida académica. Ahora se abre otra nueva: “En tono menor”, por abreviar, porque completa debería llamarse “Reflexiones pedagógicas en tono menor”. Pero abreviemos sin olvidar las “reflexiones”, que de eso va.

El origen está en la puya disimulada de un profesor jubilado. De él recibí hace unos días una nota que decía textualmente: *Doctor — ¡malo cuando empieza así!—, en tu revista una Sección con artículos como éste quizá le daría humanidad. Y adjuntaba el de Lorenzo Gomis que se reproduce más abajo.*

Más tarde, tal vez unos días después, le pedí alguna aclaración más extensa sobre la sección que proponía. La contestación, que se reproduce íntegra, es la mejor presentación que puede hacerse de ella:

Allá por 1958 tenía yo algo de voz y voto en una revista seria («dos números al año de 250 a 300 páginas cada uno, 24 x 17», se leía en la contraportada).

Los artículos estaban acordes con la revista: eran serios, largos, con muchas notas.

Un buen día, la revista apareció con una nueva pequeña sección. Iba precedida de esta breve introducción, que escribí con toda el alma: «¿Qué nos pasa a los que alguna vez imaginamos tener media idea interesante y práctica? ¿Vamos a intentar escribir un artículo? No tenemos tiempo, no tenemos voz. Tenemos miedo. Si os fijáis, al encontrarnos reunidos para lo que sea, afloran inmediatamente temas y problemas. Los llevamos dentro. Son los detalles concretos que pueden carecer de valor trascendental, pero que de hecho ocupan muchos ratos de nuestra vida. ¿Por qué no abrir una tribuna de vida? Se tiene algo que decir, se dice, y ya está. Será ésta una sección funcional. Y, para que nadie se espante, “en tono menor”».

La nueva sección duró poco. No por el director de la revista, hombre magnánimo, sino por otras voces y otros votos que consideraron la sección de «poca altura». Como si no importase, y mucho, la vida de los valles y llanuras.

Pensaba entonces que escritores «de altura» hay pocos. Sigo pensando ahora que tampoco abundan los lectores de tantos centímetros.

Aquel tono menor es el que quisiera para estas reflexiones pedagógicas.

Queda abierta la nueva sección que comienza con dos ejemplos de lo que aquí se quiere.

1. LA MIRADA DEL MAESTRO

El chico era un experto en armas de fuego y tiro al blanco. Se entrenaba con regularidad. No tan brillante era, en cambio, en la escuela. Suspendía. Una contrariedad, porque había dicho que quería ser famoso. Por desgracia, lo ha sido, aunque no haya podido disfrutar del placer de haber alcanzado su objetivo. La tragedia ha conmovido a toda Alemania. El chico compareció un día en la escuela y mató con disparos precisos en la cabeza a catorce profesores. Y a otras dos personas. Hubiera quizá matado a más si no se hubiera cruzado con un profesor de Historia del Arte, que le dijo:

— ¡Mátame, pero mírame!

Allí acabó la matanza.

— Ya hay bastante, señor... — murmuró el chico, bajando el arma y pronunciando el apellido del profesor. Pero todavía faltaba una víctima. Sería el propio muchacho, que después de haber matado a tantos pensaría que no podía vivir y se suicidó. El último disparo iba a ser para él.

El suceso ha impresionado a todo el mundo. El gesto del profesor ha despertado asombro y curiosidad. En una conferencia de prensa le llamaron héroe.

— No soy un héroe — contestó él.

Quizá sea cierto. No es un héroe, es un maestro. Quizá en una escuela sea más importante ser un maestro que ser un héroe. Un maestro con un arma, la mirada.

«Mi arma, la mirada», había escrito en un cuaderno un joven profesor que tuvimos en los jesuitas de Sarrià los que el otro día recibimos la medalla correspondiente a la promoción de 1942. ¡Sesenta años! Los jesuitas tenían entonces la costumbre de interrumpir los estudios de sus candidatos al sacerdocio para dedicarlos un par de años a la enseñanza. Les llamaban «maestrillos». Pero para nosotros eran un jesuita como los demás. Se comprende que al que le encargaban enseñar latín y literatura a treinta muchachos desconocidos le preocupara la tarea de mantener el orden, de hacerse respetar. Y en los cuadernos de nuestro profesor, el padre José Feliu, cuando se preparaba para esa batalla pedagógica — se conocieron después de su temprana muerte — escribió esta frase: «Mi arma, la mirada». Y así fue. El primer día de latín

nos bombardeó a preguntas que revelaron la fragilidad de nuestros conocimientos. Él sabía mucho y nosotros nada. Ganó fama de severo y estricto y le respetamos y hasta temimos desde el principio. Pronto pasamos a la admiración: era un gran profesor y lograba que aprendiéramos incluso con gusto. Y de la admiración pasamos al cariño cuando le conocimos y nos conoció.

Montó una Academia Literaria para los que queríamos adiestrarnos en el arte de escribir y de hablar en público. Era un trabajo voluntario por su parte y por la nuestra. Un día encargó a un compañero que escribiera una redacción sobre la bandera. La bandera era un objeto próximo, que se izaba y se arriaba solemnemente cada semana. El profesor quería poner a prueba la creatividad del estudiante. Pronto comprobó que lo había logrado, quizá con exceso. Era una descripción colorista y animada de una mujer empeñada en la tarea de hacer la colada. No existían en la época las lavadoras mecánicas y en las orillas de los ríos y los lavaderos de las casas el jabón, la lejía, el agua se combinaban con la robusta musculatura y el ánimo decidido de la mujer. Nuestro compañero puso a su redacción el título que correspondía: «Lavandera». El padre Feliu, que se había removido inquieto y molesto en el asiento, nos miró finalmente con inteligencia y sonrió. Había aceptado la broma, comprendido la ironía. El profesor que inspira respeto logra de paso que sus alumnos aprendan a defenderse con inteligencia. Uno y otros superan el estadio tradicional del castigo físico. Días atrás en una serie de televisión veíamos a unos chiquillos en los años setenta emprendiendo una huelga de hambre contra un maestro que los acuciaba a capones y golpes con la regla. No comían y las familias no pararon hasta que el director del colegio logró que el maestro prometiera públicamente a los niños que no lo haría más.

En los actuales debates es común oír que las familias se quejan de que los maestros no sepan imponerse y estos repliquen que es la familia la que tiene que hacerse responsable de la conducta de su vástago. Probablemente ni unos ni otros se bastan para evitar la apatía estudiantil ni las agresiones verbales. La educación es un asunto social delicado y difícil en el que se debe lograr que ni unos ni otros abusen de su poder —la tarima y el suspenso en unos y el número y los malos modos en otros— y se logre desarrollar la educada ironía en los de abajo y el magnetismo de la mirada en los de arriba. La mirada del maestro puede ser un prodigio de autoridad y de saber. Que logre incluso hacer caer de las manos el arma asesina.

Lorenzo Gomis, *La Vanguardia* 20.05.02

2. MONET Y EL DETECTIVE

Por la ventana veo el prunus, que ha florecido estrepitosamente, como siempre. En su afán de apresurar la primavera, las flores adelantan a las hojas, y se adueñan del árbol. Sólo veo sus enjambres rosados, en torno a las ramas oscuras. Mi mirada se vuelve al interior. Estoy tomando un whisky. Tengo frente a mí un vaso con licor, agua y unos cubitos de hielo. Me sorprende la belleza del espectáculo. El cristal brilla, aparece y desaparece, es blanco, luz, gris, incoloro. Su fulgor rachea. A mis años, no me he acostumbrado todavía al prodigio del cristal, a su aire limpio de manantial detenido, a su riguroso anonadarse para dejar ver. Diáfano significa eso: lo que permite que la luz alumbré a través suyo. En el agua dorada, los trozos de hielo imitan al cristal, con su transparencia consistente, y fragmentan el color. El vaso está ligeramente empañado, anublado, neblinoso. Si lo miro con ojos de pintor, tengo frente a mí un bodegón minúsculo, cotidiano e inagotable.

Les hablo de esto mientras preparo una conferencia sobre Monet, que voy a dar en el Museo Thyssen. Comentaré un cuadro suyo: El deshielo en Vétheuil. En enero de 1880, tras días de un frío tan intenso que heló el Sena, las temperaturas subieron y se produjo la debacle. El agua, vuelta a su ser, arrastró bloques de hielo que el pintor se apresuró a pintar.

Los pintores impresionistas —y en especial Monet— nos han enseñado a mirar. En su época se los comparaba con los detectives. Andaban husmeando por las calles y descubrían espectáculos, colores, encuadres interesantes en cualquier esquina. Estaban allí, al alcance de todos, pero sólo ellos los veían. Esto me recuerda la respuesta que un colega mío, Sherlock Holmes, dio a Watson, cuando este le reprochó con envidia que fuera capaz de ver cosas invisibles: «Invisibles no, Watson, sino inobservadas. Usted no supo dónde mirar y por eso se le pasó por alto todo lo importante. Si yo lo he descubierto es porque lo andaba buscando». He aquí una enseñanza utilísima. Hay una mirada inerte, pasiva y aburrida, que se deja llevar por la rutina, y pasea lánguidamente por las cosas como un caracol. Y hay miradas inventivas, descubridoras, iluminadoras. La actitud acaba creando el fenómeno. Monet quiso buscar las variaciones que la luz provocaba en las cosas. Al final llegó a la conclusión de que el paisaje no existía, que cada cambio de color alumbraba un paisaje nuevo, y vivió maravillado por esa emergencia incesante de realidad. Por eso pintó una y otra vez, durante más de treinta años, el mismo paisaje: los nenúfares de su jardín. Le parecieron continuamente bellos.

En la vida diaria todos nos enfrentamos con la repetición, que es el pantano en que nos empantanamos. El perspicaz Séneca lo describió con desesperanza: «¿Hasta

cuándo las mismas cosas? Me despertaré, me dormiré, tendré apetito, me hartaré, tendré frío, tendré calor. No hago nada nuevo, no veo nada nuevo; a fin de cuentas, esto da náuseas. Muchos son los que piensan que no es ácida la vida, sino superflua». No es posible una oposición más radical: Séneca el aburrido contra Monet el deslumbrado. La raza de los rutinarios y la raza de los descubridores. Nos conviene aprender de los maestros del mirar creador. Mi reproche a los clásicos españoles es que estaban muertos de tedio y de escepticismo. «Todo lo cotidiano es mucho y feo», gemía Quevedo. Y Gracián, otro aburrido, escribió: «...Esta es la ordinaria carcoma de las cosas. La mayor satisfacción pierde por cotidiana, y los hartazgos de ella enfadan la estimación, empalagan el aprecio». Hay estados afectivos, por ejemplo, el enamoramiento, que reciben su encanto, precisamente, de que dotan de novedad a lo permanente: todo resulta nuevo, interesante y desacostumbrado. Después, la desidia uniformada todo y acaba haciéndolo insoportable.

«Encuentra bello todo lo que puedas», decía el conmovedor Van Gogh. ¡Qué buen consejo! Para seguirlo, quiero aprender de los impresionistas su entusiasta manera de mirar el mundo. Su capacidad de encontrar interesante casi todo lo que ven. Los creadores han sabido siempre renovar su mirada. Neruda mira una cebolla. ¿Y qué ve? «Luminosa redoma,/ pétalo a pétalo/ se formó tu hermosura,/ escamas de cristal te acrecentaron». Todos ellos son detectives de lo hermoso escondido, de lo sorprendente oculto por nuestro desánimo. Descubrieron las huellas de la novedad y de la belleza en las cosas cotidianas, y deberíamos agradecerse. Yo al menos quisiera ser su discípulo y su colega. Por eso voy a mirar mi prunus florecido, atentamente, amorosamente, como si fuera a pintarlo, como si tuviera que hacer su retrato, captar su individualidad, el gesto de sus ramas y sus flores, la interminable historia que me está contando. Adiós.

Jose Antonio Marina, *El semanal* 17.03.2002